

« idea se puede concebir de un héroe, que la que
 « dan de Roger las virtudes y las proezas que el poeta
 « le atribuye, y hasta las facciones con que nos pinta
 « su semblante? ¿Qué no podré decir del contraste
 « que con la virtuosa firmeza de Olimpia, de Isabel
 « y de Drusila, forman la perfidia de Gabrina, las
 « torpes infidelidades de Origile y la inconstante ver-
 « satilidad de Doralice?

« Quanto mas me extendiendo sobre este asunto, mas
 « convencido quedo de que habria mucho que decir
 « sobre él: esto no obstante, por no fatigar vuestra
 « atencion, pongo fin á esta carta, en la cual creo no
 « haber dicho cosa que no sea suficientemente cono-
 « cida de cuantos han leído los dos autores. »

Al concluir estas observaciones, no puedo ménos de hacer una importante sobre la carta de que acabo de dar la traduccion. Galileo, á mi modo de ver, se muestra en ella demasiado severo con respecto al Tasso, y emite una opinion que ningun escritor ántes ni despues de él se ha atrevido á formular de una manera tan categórica. Yo no creo que, para hacer del Ariosto el elogio que merece, sea necesario atacar la justa celebridad del autor de la *Jerusalén liberada*. Entre este poema y el *Orlando furioso*, la balanza está todavía en el aire, y este es el mayor elogio que de ambos se puede hacer. Las simétricas proporciones del primero justifican su nombre de épico, mientras que la gracia, la originalidad y la riqueza de imágenes y de episodios hacen del segundo, épico ó no, el poema mas admirable, y sobre todo mas entretenido, que se ha publicado jamas.

VIDA DE ARIOSTO.

Nació Ludovico Ariosto en Regio de Módena, á 8 de setiembre de 1474, de Nicolas Ariosto, gobernador de dicha ciudad, y de la bella y noble Daria Malaguzzi. Mas de un siglo hacia que estaba avecindada en Ferrara esta familia, oriunda de Bolonia, cuando vino al mundo el hombre extraordinario que, desde su infancia (1), dió evidentes señales del ingenio que debia hacer su fama tan duradera como sus escritos.

Cargado de familia, y no poseyendo una fortuna proporcionada á su alto nacimiento, y á los importantes destinos que siempre ocupó (2), quiso su padre hacer seguir á nuestro poeta la carrera de la magistratura; pero él, que tenia una invencible repugnancia por los Códigos y las Pandectas, al paso que una aficion extraordinaria por las bellas artes y la poesía, abandonó aquellos estudios por entregarse á una vocacion que á tan altos destinos le llamaba; y, bajo la direccion del célebre humanista Gregorio Espoleto, hizo en poco tiempo sorprendentes adelantos en las lenguas antiguas, y compuso en latin varias oraciones y poesías, que merecieron la aceptacion de las personas á cuyo juicio las

(1) Cuenta Jerónimo Garofalo que, apenas entrado en la adolescencia, compuso Ariosto y pronunció en público, con motivo de la apertura de los cursos de Ferrara, una oracion latina cuyos altos conceptos y elegante estilo excitaron la admiracion del público inteligente de aquella ciudad. Fornari añade que fué tanta la fama que valió al jóven Ariosto esta oracion, que todos los padres le citaban á sus hijos como el modelo que debian seguir.

(2) Nicolas Ariosto, padre de Ludovico, reunia al cargo de capitán ó gobernador de Módena y de Regio los de mayordomo mayor de los duques Borso y Hércules I, padre de Hipólito y de Alfonso, y de juez del tribunal supremo de Ferrara. Sin perjuicio de estos destinos, desempeñó varias misiones importantes cerca del papa, de Francisco I y del emperador Carlos V.

sometió. Privado á poco de la compañía y de las lecciones de su docto y apreciable preceptor (1), y profundamente afligido de esta separacion, dejó Ariosto de ser discípulo para ser maestro; y, entregado á sus propias inspiraciones, compuso algunas comedias ó farsas, como él mismo las llamaba (2), que se entretenia en representar con sus hermanos. Mas tarde dió sucesivamente á luz varias sátiras, sonetos, madrigales y otras composiciones, ya italianas, ya latinas, de que la mayor parte se conservan todavía, y que son como otras tantas piedras preciosas, engarzadas en la brillante corona que orna las sienes del ilustre Cantor de Angélica y de Roldan.

Jóven todavía, perdió Ariosto en poco tiempo á su padre (3) y á su tío y protector Pandolfo. Viéndose sin patrimonio (4), y único apoyo de su madre y de sus nueve hermanos, todos menores que él, entró al servicio del cardenal Hipólito de Este, con quien le unian, aunque de léjos, relaciones de parentesco (5).

Era Hipólito hombre de demasiado talento para desconocer el del jóven Poeta, que tantos títulos tenia á su aprecio y á su proteccion; y, deseoso de estimular y de utilizar al mismo tiempo las bellas disposiciones de Ariosto, le confió

(1) Nombrado por Isabel, duquesa de Milan, ayo de su hijo Francisco Sforza, partió Gregorio de Espoleto con esta princesa y su hijo, y permaneció en Francia durante todo el tiempo del cautiverio de estos en la corte de Luis XII.

(2) De estas comedias ó farsas era la mas notable la que compuso arreglando para la escena la fábula de Tisbe.

(3) Ariosto perdió á su padre en febrero de 1500, es decir á la edad de 23 años y medio, y no de 24, ni de 27, como pretenden algunos autores.

(4) No es enteramente exacto decir sin patrimonio, pues alguno le habia dejado su padre; pero la reparticion entre tantos hermanos y las reclamaciones de algunos parientes y extraños le suscitaron tantos y tan desagradables litigios, que no solo le impidieron llegar nunca á disfrutar de este patrimonio, sino que le hicieron gastar, por tratar de conservarlo, mucho mas de lo que él valia.

(5) Obispo III, marques de Ferrara y principe de la ilustre familia de Este, habia casado con la bella Lipa Ariosto, muerta en 1547.

varios importantes encargos, que este desempeñó siempre con acierto y casi siempre con felicidad.

Esta y casi todas las particularidades de su vida se hallan consignadas en sus *Sátiras*, en sus *Capítoli*, en sus *Cármica* y aun en su *Orlando furioso*. En estos diferentes escritos relata lo que hasta aquí llevamos dicho, describe la batalla naval dada poco despues por el cardenal Hipólito, que mandaba la escuadra dirigida contra Venecia, y refiere el resultado de los dos viajes que á Roma hizo con el objeto de entablar negociaciones con el papa Julio II, y su partida definitiva de aquella ciudad despues de haber estado á punto de verse arrojado al Tíber por orden del belicoso pontífice, altamente irritado de la fidelidad que mostraba el duque Alfonso, hermano de Hipólito, á la liga de Cambray.

De vuelta de este viaje se retiró Ariosto á Ferrara, su patria, y allí, deseoso de pagar á su protector un debido tributo de elogios, se dedicó casi exclusivamente á la composicion del célebre poema en que se proponia inmortalizar, como lo hizo, el nombre de la casa de Este. Este poema, empezado en tercetos, fué luego puesto en octavas; y, continuado con perseverancia durante diez años, pudo ver la luz pública en abril de 1515.

Cuéntase que, cuando terminado este poema, compuesto entónces de 40 cantos, se presentó Ariosto para ofrecerlo al cardenal Hipólito, este le interrumpió, diciendo: « Messer Ludovico, ¿dove avete preso tante.....? » expresion que no debe interpretarse en el sentido que muchos le dan, sino, como dice Mr. Artaud, en el de « invenciones estrambóticas, del otro mundo, ideas que á nadie se ocurren, chistosas locuras y entretenidas extravagancias. »

Tanta fué la reputacion que valió este poema á su autor, que Juan de Médicis, que con el nombre de Leon X sucedió á Julio II en la silla de san Pedro, y que, como todos los príncipes de la casa de Médicis, dispensaba su inteligente proteccion á las letras y á las artes, hizo mas de una tentativa para atraerle á sí; pero Ariosto, fiel siempre á la amistad que le dispensaba Hipólito, se negó á escuchar toda proposicion sobre este punto.

No falta, á pesar de esto, quien afirme que el Autor del *Orlando* desmereció mas tarde de esta amistad; y él mismo

parece convenir en ello , formulando mas de una vez quejas amargas y hasta ofensivas contra su protector (1); pero estas quejas , léjos de parecer serias y fundadas , presentan el carácter de las que hace un niño mal criado al padre que le mimó , el día que este trata de recobrar sobre él la superioridad que le iba quitando el exceso mismo de su cariño. Otros alegan , para sostener aquella asercion , que cuando á principios del año 1518 manifestó el cardenal Hipólito á Ariosto su deseo de que le acompañase á Hungría , este se negó á seguirle ; pero no lo hizo sin dar excelentes razones , á saber : el precario estado de su salud (2) , la edad avanzada

(1) En su sátira primera , dirigida á su pariente Alejandro Ariosto y á Ludovico de Bagno , dice Ariosto :

*Ma se a volger di nuovo avessi al subbio
Li quindici anni che in servirlo ho spesi,
Pasar la Tana ancor non starei in dubbio.
Se avermi dato onde ogni quattro mesi
Ho venticinque scudi , nè si fermi
Che molte volte non mi sian contesi,
Mi debbe incatenar , schiavo tenermi,
Obligarmi ch' io sudi e tremi senza
Rispetto alcun , ch' io moja , o ch' io m' infermi,
Non gli lasciate aver questa credenza ;
Ditegli che più tosto di esser servo
Torrò la povertade in pazienza.*

*Or , conchiudendo , dico che se l' sacro
Cardinal comperato averme stima
Con li suoi doni , non mi è acerbo ed acro
Renderli e tor la libertà mia prima.*

(2) En la misma sátira dice Ariosto para explicar su denegacion á acompañar á Hipólito en su viaje á Hungría :

*L'età di nostra madre mi percuote
Di pietà il core , che da tutti a un tratto
Senza infamia lasciata esser non puote.
Io son di dieci il primo , e vecchio fulto
Di quaranta quattro anni , il capo calvo
Da un tempo in qua sotto la cuffia appiatto.
La vita , che mi avanza , me la salvo ,
etc. , etc , etc.*

de su madre , y la necesidad de cuidar de ella y de sus hermanos. En la primera de sus sátiras estan consignadas estas y las demas razones que le impedian alejarse de Ferrara; y si bien esta sátira contiene , como hemos dicho , algunas expresiones poco respetuosas hácia su protector , fácil es conocer que fueron dictadas por él carácter descontentadizo de un mozuelo mimado , y quizá tambien por el deseo de mostrar al cardenal que , al ofrecerle sus servicios y al consagrarle su pluma , no había entendido en manera alguna abdicar su libertad. Por otra parte , sabido es que Ariosto cifraba su felicidad en las dulzuras de la vida sedentaria (1) , y que sentia por los viajes una aversion decidida , circunstancia notable , como dice Mr. Mazuy , en un escritor que tanto hacia viajar á sus personajes. De cualquier modo que sea , Ariosto , que tenia razones plausibles para no alejarse de Ferrara , destruye en la misma sátira , con expresiones de admiracion y de gratitud (2) , la acrimonia de las quejas que le hace exhalar un momento de mal humor , y claro está que este mal humor es pasajero , pues solo en alguna que otra de sus sátiras y de sus cartas se ven expresiones que lo revelan , mientras en el *Orlando* , que fué el trabajo de toda

(1) En la sátira tercera , dirigida á Anibal Malaguzzo , dice Ariosto :

*A me piace abitar la mia contrada.
Visto ho Toscana , Lombardia , Romagna,
Quel monte che divide e quel che serra
Italia , e un mare e l' altro che la bagna.
Questo mi basta ; il resto de la terra
Senza mai pagar l' oste andrò cercando
Con Tolomeo , sia il mondo in pace o in guerra.
E tutto il mar , senza far voti quando
Lampeggi il ciel , sicuro in su le carte
Vedrò più che su i legni volteggiando.*

(2) En la primera sátira que arriba se mencionó dice en efecto Ariosto hablando del cardenal Hipólito :

*Io , stando qui , farò con chiara tromba
Il suo nome sonar forse tant' alto
Che tanto mai non si levò colomba*

su vida, no hay una sola palabra que denote su descontento. Esta obra es, por el contrario, hasta la última página, un testimonio perenne de la admiración y del entusiasmo que animaba à Ariosto por el príncipe cardenal protector suyo.

Pero la prueba mas irrecusable de que este poeta no perdió nunca del todo el aprecio y la amistad de Hipólito, es la benévola acogida que durante la ausencia del cardenal le dió en Ferrara su hermano Alfonso de Este. En el canto 3.º de su *Orlando* (1) pinta el mismo Ariosto la union que reinaba entre estos dos hermanos, y es de todo punto inverosímil que diese Alfonso tales testimonios de aprecio al destructor, naturalmente ingrato, del hermano à quien profesaba en efecto no solo cariño, sino hasta veneracion. En la corte de Alfonso fué donde publicó Ariosto la segunda edicion de su *Orlando furioso*, que, aunque notablemente corregida, no contenia, lo mismo que la primera, mas que cuarenta cantos (2).

Esta edicion, hecha el año siguiente al de la primera, es decir en 1516, reportó à Ariosto tan escasas ventajas pecuniarias, que tuvo él á poco que recurrir à la generosidad de Alfonso, como se puede ver en su sátira IV (3).

Surtió su efecto la amenaza que en ella hacia de abandonar la corte del duque; pues este príncipe, que se gloriaba y se complacia en tener à Ariosto à su servicio, le nombró

(1) Los versos à que aqui se alude, traducidos, dicen así:

La inalterable union, el amor puro
Que existir debe entre uno y otro hermano,
Conservará su reino mas seguro
Que si por doble muro
Lo ciñera el ingenio de Vulcano.

(2) Barufaldi, en su Vida de Ariosto, cita cuales fueron las condiciones con que compró esta nueva edicion del *Orlando furioso* el librero Giacomo Gigli de Ferrara. Ariosto debia hacer la impresion à su costa y entregar à Gigli cien ejemplares à razon de seis reales cada uno, imponiéndole la obligacion de no venderlo à mas de ocho.

(3) Hé aqui como se explica Ariosto:

. O voi, signor, levarmi
Dovete di bisogno, o non v'increzca
Ch'io vada altra pastura a procacciarmi.

comisario suyo en la Garfañana, pequeña provincia situada al pié del Apenino y entregada à todos los horrores de la guerra civil (1).

Tres escasos años bastaron à Ariosto para pacificar esta provincia, y alejado durante este tiempo de sus amigos y de sus parientes, se lamentaba sobre todo de la ausencia de la dama de sus pensamientos, à quien amaba con toda la ternura de un alma generosa y con todo el entusiasmo de una fervida imaginacion.

Esta última circunstancia fué sin duda la que quitó à los amores del Ariosto aquella constancia, aquella tenacidad, digámoslo así, que caracterizó los de Petrarca. Si la privacion es la causa principal del apetito, no es de extrañar que Ariosto, harto mas feliz en esta parte que el platónico amante de Laura, siguiese alguna vez el ejemplo de los jóvenes de que habla en las primeras octavas del canto X de su *Orlando*; pero, si bien es cierto que bogó mas de una vez con viento próspero en el borrascoso piélagos del amor, no dejó por eso de experimentar algunos vaivenes; pues, como dice él mismo en la introduccion al canto XVI del citado poema, pudo mejor que nadie hablar por propia experiencia de las dulzuras y de los tormentos que origina aquella inconstante pasion. La versatilidad de la suya se manifiesta, aun mas que en estos pasajes, en su *Carmina* à Lidia, Lulia, Verónica y no sé cuantas mas damas que sucesivamente cautivaron el corazon de nuestro Cristiano poeta, como dice Cervántes, no sé porqué.

(1) Cuéntase de varios modos una singular aventura ocurrida durante esta guerra y que caracteriza à Ariosto, si no como militar, à lo ménos como poeta. Hé aqui como la refiere Mr. de Artaud:

Yendo en una de sus expediciones à la cabeza de un destacamento de caballeria, dió Ariosto con un célebre cabecilla llamado Pacchione, el cual, seguido de pocos y no viendo medio alguno de salvarse, recurrió à un ardid que debia surtir mejor efecto que una desesperada é inútil resistencia. Preguntando por el gobernador, se adelanta Pacchione hácia él; y con el gorro en la mano empieza à recitarle con la mayor sangre fria dos ó tres de las mas graciosas octavas del *Orlando*. Ariosto desarmado y satisfecho, perdona y pone en libertad à Pacchione, que evita con este ardid la muerte que merecía.

De todas estas damas es la mas digna de mencion la que le dió dos hijos, llamados Juan Bautista y Virginio. El primero de ellos (1) siguió la carrera de las armas, y el segundo, entrando con grandes protecciones en la de la Iglesia, y estimulado por el ejemplo y los preceptos de su padre, cultivó al lado de este y con gran fruto las bellas letras y aun la poesia.

El cariño que profesaba Ariosto á este hijo, de quien nunca se separó y á quien educó con el mayor esmero, le indujo en fin á legitimarle (2).

Esto no obstante, su amor por la libertad impidió á Ariosto someterse durante sus verdes años al yugo del matrimonio, al cual se plegó sin embargo mas tarde, casando en secreto con Alejandra Bennuci, viuda de Tito, hijo de Leoneido Strozzi, noble ferrarés.

Así se explica la obstinacion con que en diferentes ocasiones se negó á acceder á las instancias del duque de Ferrara y del sumo pontífice Leon X, que le exhortaban á entrar en las órdenes á fin de poder colmarle de beneficios y elevarle á los mas altos honores de aquel, en aquella época, tan honroso y lucrativo estado (3). La misma causa, unida á

(1) Ninguna otra particularidad se conoce de la vida de este primer hijo de Ariosto. Fornari y Garofalo afirman que fué educado por los parientes de su madre.

(2) Así resulta de un instrumento auténtico de legitimacion hecho por el cardenal Lorenzo Lampeggi, en el cual se dice: «Virginio Ariosto, de edad de veinte y un años, hijo de Ludovico, soltero, y de Ursula.... tambien soltera; cuyo apellido y demas circunstancias se callan, honestatis causa.

(3) Ariosto se negó constantemente á abrazar el estado eclesiástico, pero sin decir nunca el impedimento dirimente que para hacerlo tenia; y ocultándolo y engañando, digámoslo así, al público y quizá á sí mismo, decia:

*Se a perder s' ha la libertà, non stimo
Il più bello cappel che in Roma sia.*

Esta declaracion refuta la asercion de algunos autores que pretenden que Ariosto tuvo siempre secreto su matrimonio por no perder beneficios eclesiásticos de que disfrutaba. Léjos de ser así, Ariosto rehusó, como hemos dicho y como lo prueban esos versos, las ofertas de Leon X y de Clemente VII y el unico favor que del primero de estos pontífices aceptó, fue la exencion del pago de la mitad de una bula que de él obtuso.

la aversion que hemos dicho que tenia á los viajes, fué sin duda la que le determinó poco despues á rehusar el cargo que le ofreció el duque de Ferrara de embajador suyo cerca del papa Clemente VII.

Semejante en esto á todos los hombres que reunen á un corazon sensible un ingenio culto y una imaginacion apasionada, sintió Ariosto, durante la mayor parte de su vida, inextinguible sed de amor. Sabemos que fué inconstante; pero tambien sabemos, ó al ménos nos es permitido inferirlo, que mas de una vez le dió graves motivos de queja el bello sexo, cuyas virtudes se complacia en preconizar. Su instinto natural le impelia á hacerlo, como lo prueban un sin número de pasajes de su *Orlando furioso*; pero, ya fuese impelido por un resentimiento pasajero, ya por una conviccion mas ó ménos profunda de la inconstancia ó de la perfidia de algunas mujeres, le vemos prorumpir de cuando en cuando en invectivas, ó presentar en cuadros, por lo general graciosos, escenas en que, casi á su pesar, se escapa la hiel de su apasionado corazon. Esto no obstante, fácil es ver que Ariosto se inclina siempre á hacer el elogio del bello sexo. Díganlo Bradamante, Marfisa, Isabel, Olimpia, Ginebra y tantas otras hembras que creó su elegante pluma y de quienes hizo tipos de todas las virtudes, realizadas por el amor.

Aunque no muy avanzado en años todavía, sintió Ariosto en los últimos de su vida apagarse algun tanto el fuego que hasta entónces le habia consumido, y, cual Horacio en su casita de Tibur, retirado en una que hizo construir en Ferrara (1), se dió á una ocupacion cuyos atractivos no sospe-

(1) Ariosto empezó á fabricar esta casita en el sitio donde se hallaba la de Hércules Pistoya, á quien se la compró el dia 30 de junio de 1526. El 2 de enero de 1528 compró del mismo Pistoya otros terrenos contiguos, de los cuales hizo un huerto, donde pasaba, cultivando flores, todo el tiempo que no daba á sus ocupaciones literarias. La aficion que tomó al estudio ó mas bien á sus experiencias de botánica, le sugirieron la idea de fijar allí su residencia, y entónces fué finalmente cuando se decidió á hacer concluir dicha casa, que existe todavía y sobre la cual se lee el siguiente dístico:

*Parva, sed apta mihi, sed nulli obnoxia, sed non
Sordida, parva meo sed tamen ære, domus.*
que, habiendo estado borrado durante mucho tiempo, fué resta-

chó hasta aquel día. Entregado á la botánica con el mismo ardor con que habia vivido hasta entónces entregado á las musas, pasaba las horas y los días enteros en su huerto, plantando, arrancando y volviendo á plantar flores, como lo habia pasado toda su vida haciendo, borrando y volviendo diez veces á hacer sus versos, que componia con suma dificultad y de que rara vez se mostraba satisfecho (1).

En este tiempo, es decir en los postreros años de su vida, dió Ariosto la última mano á su *Orlando furioso*, que, enriquecido con varios nuevos episodios, salió á luz en 46 cantos en octubre de 1552 (2). Esta publicacion valió á su autor los mayores elogios de parte del emperador Carlos V, de los duques de Milan y de Ferrara, de la república de Venecia, del papa Clemente VII, del marques de Guast, de toda la noble ilustrada corte de Urbino, de los cardenales Gonzaga, Farnesio, Salviati, Bibiena y Campeggi, de Bembo, del Ticiano, de todos los hombres en fin de ingenio y valimiento de aquella época, de la mayor parte de los cuales habia ya recibido ántes de aquel día testimonios irrecusables de benevolencia y amistad.

Pocos meses despues de haber recibido en Mantua de manos del emperador Carlos V la corona de laurel que ornó las

blecido en 1811 encima de la puerta principal de dicha casa, así como la inscripcion compuesta por Virginio que dice así:

*Sic domus hæc Areosta
Propitios habeat Deos, olim ut Pindarica.*

(1) Así lo dice el mismo Virginio en sus memorias; y así lo atestiguan los emborrionados manuscritos de varios cantos del Orlando, que se pueden ver en la biblioteca de Ferrara. Esta circunstancia impidió siempre á Ariosto conservar sus versos en la memoria, y le hizo perder mas de una vez trozos enteros, compuestos ya.

(2) La incorreccion tipográfica de esta tercera edicion disgustó y aun afligió sobre manera á Ariosto. Esta fué sin embargo, bien que con algunas enmiendas del autor, la que sirvió de base á todas las ediciones que despues se hicieron, en tal número, que en el espacio de un siglo salieron sucesiva ó simultáneamente hasta setenta. Desde entónces hasta nuestros días no ha cesado de fatigar las prensas esta obra, que de todas las conocidas es indudablemente, con la de nuestro inmortal Cervantes, la que mas veces ha obtenido los honores de la impresion.

sienes de Petrarca, sucumbió Ariosto en Ferrara el día 6 de junio de 1553, de edad de 58 años, á una irritacion de estómago (1) producida por el exceso del trabajo á que en los años anteriores le condenara el deseo de terminar su poema, del cual puede con verdad decirse que, conduciéndolo al sepulcro, le condujo á la inmortalidad.

A su memoria elevaron sus conciudadanos un monumento en la iglesia de los monjes benedictinos, donde fué enterrado sin la menor ostentacion; y las Musas de todas las naciones cultas coronaron de flores aquel modesto y retirado mausoleo. Su hermano Gabriel formó el proyecto de erigirle uno mas proporcionado á su mérito y al cariño que le profesó; pero sus fuerzas no correspondieron á sus deseos. Virginio tambien trató de trasladar los restos de su ilustre padre á una capilla que con este objeto construyó á la entrada de su propia casa hácia la parte del jardin; pero los monjes se negaron á desprenderse de su sagrado y precioso depósito (2). Cerca de medio siglo hacia que descansaban en aquella humilde sepultura las cenizas del hombre á quien, des-

(1) Ludovico Bonacciolli, Juan Menardo y Antonio Maria Canani fueron los tres famosos médicos que le asistieron en su enfermedad, que todos juzgaron incurable desde el principio; pero Pigna afirma que dicha enfermedad fué una obstruccion del cuello de la vejiga, á la cual quisieron poner remedio los médicos con aguas aperitivas. De este modo le estragaron el estómago, y aplicando nuevos remedios á esta nueva dolencia, acabaron por convertirla en una tisis, contra la cual fueron impotentes todos los recursos de la medicina.

(2) Los monjes se negaron á esta traslacion fundándose en que Ariosto habia manifestado deseo de ser enterrado allí, como consta por las Crónicas de Ferrara existentes en los archivos de aquella ciudad. De las mismas se infiere ser erróneo el aserto de Guazo y Giovo, que pretenden que Ariosto dejó mandado por su testamento que se inscribiese en su sepulcro un epitafio latino que compuso muchos años ántes, y que por todos estilos habria sido indigno de figurar en él.

El único testamento otorgado por Ariosto en su vida fué el que al partir para su expedicion de la Garfagnana otorgó en Ferrara, ante el escribano Andres Furri, á 22 de febrero de 1552, testamento que no contiene ni una palabra que haga directa ni indirectamente alusion á lo que afirman los dos autores arriba citados.

pues de su muerte, venian á visitar los que no le habian conocido en vida, cuando Agustin Mozzi, caballero ferrarés que en su juventud habia recibido de Ariosto algunas lecciones de arte poética, se decidió á erigir á su costa un monumento mas digno de tan eminente escritor, y así lo hizo en efecto el año de 1375, en la nueva iglesia de los susodichos monjes y en la capilla situada á la derecha de su altar mayor (1).

Mas tarde, en 1612, otro Ludovico Ariosto, descendiente del ilustre autor del *Orlando*, le hizo en fin levantar un mausoleo que, por la calidad de sus mármoles y por la elegancia de su arquitectura, dejaba atras al anterior. A este nuevo monumento, situado en la otra capilla á la izquierda del altar mayor, fueron trasladados, con gran pompa esta vez, los restos de Ariosto, que desde entónces se conservan allí.

El retrato que de este poeta nos ha dejado el Ticiano, nos lo pinta como un hombre de alta estatura y de bella conformacion, pero un tanto cargado de espaldas por efecto del continuo trabajo que se impuso toda su vida. Su fisonomia era expresiva y agraciada, y sus ojos, llenos de fuego, revelaban el que brillaba en su ingenio y consumia su corazon.

Sin carecer Ariosto de algunos defectos, peculiares casi todos á la época en que vivió, reunia las mas bellas y mas apreciables cualidades; la afabilidad, la rectitud, la modestia y la lealtad (2). Estas prendas, unidas á su delicado ingenio, á su profunda erudicion y á sus distinguidos modales, no solo le valieron el acceso cerca de diferentes principes y de casi todos los grandes personajes existentes á la sazón en Italia, sino que indujeron á los mas de ellos (3) á solicitar la

(1) Encima de este sepulcro adornado de figuras y de relieves se veia, dice Gazofalo, la estatua de Ariosto de cuerpo entero, sumamente parecida al modelo y de tamaño algo mas que el natural.

(2) Véase la composicion latina en que, hablando de la muerte de Ludovico, escribia Gabriel Ariosto:

Ornabat pietas et grata modestia vatem,
Sancta fides, dictique memor, munitaque recto
Justitia et nullo patientia victa labore.

(3) En la misma inscripcion se lee entre otras cosas:

Optavere suis laribus te asciscere Reges
Regalisque suc secunda ad pocula mense.

compañía y la amistad del hombre en quien á manos llenas derramió sus dones la naturaleza.

Las obras que dejó este célebre escritor, ademas de su *Orlando furioso* en cuarenta y seis cantos y de los cinco póstumos (1) que solo se hallan en algunas ediciones, son varias composiciones latinas llamadas *Carmina*, siete sátiras, un número considerable de elegías, estancias, sonetos, madrigales y mas de veinte *Capitoli*, modelos de fácil, elegante y graciosa versificacion.

Con el objeto de amaestrarse en el arte de la comedia, tradujo del latin y adecuó á la escena varias piezas de Plauto y de Terencio (2). Asimismo escribió en italiano varias comedias originales, en que se esmeró en observar todas las reglas fijadas y seguidas por los griegos en sus composiciones dramáticas. De las comedias originales de Ariosto son las mas conocidas la *Cassaria* é *I suppositi*, que puso en verso despues de haberlas escrito y hecho representar en prosa, la *Lena*, el *Nigromante* y la *Scolástica*, que dejó sin concluir y que fué terminada poco despues por su hermano Gabriel.

(1) Dice Giral di, contemporáneo de Ariosto, que mas de una vez oyó decir á este poeta que su objeto, al componer estos cinco cantos, era intercalarlos en la primera edicion que volviese á hacer de su poema, como en efecto sabemos que intercaló seis nuevos en su anterior edicion.

Barusfaldi opina de otro modo, y supone que estos cinco cantos ni tratan la materia del furioso, ni son mas que retuzos de otro poema distinto que Ariosto traia entre manos y que tenia por título Reinaldo Ardito. La frecuencia con que en ellos se halla repetido el nombre de este paladin fué sin duda el motivo que tuvo Barusfaldi para emitir esta opinion evidentemente errónea.

(2) Gazofalo cita los *Menecmos* de Plauto, que por insinuacion del duque tradujo Ariosto en italiano. De esta traduccion hizo otra en su idioma un caballero francés deseoso de hacer representar esta comedia en presencia de la princesa Renata de Francia, nuera del duque y poco familiarizada con el idioma italiano.

Añade Cintio Giral di en una carta dirigida á Hércules II, duque de Ferrara, que por orden del duque Alfonso tradujo el Ariosto en prosa italiana, la *Audria* y el *Eunuco* de Terencio, con el objeto de hacerlas representar en el lindo teatro dispuesto para la representacion de la *Cassaria*.

Con indecible placer asistia el duque Alfonso á estas representaciones, para las cuales hizo construir en su propio palacio, bajo la direccion y en vista de los planos del mismo Ariosto, un teatro elegante que daba á la plaza del Arzobispado en frente de este monumento.

En aquel local presidia Ariosto á los ensayos de sus comedias, que fueron sucesivamente representadas y que merecieron públicos testimonios de aplauso y de satisfaccion; mas el incendio de este teatro (1), sobrevenido en la noche del 30 de diciembre de 1552 y atribuido á una mezquina y mal intencionada rivalidad, hizo tal impresion en el ánimo ya enfermo de Ariosto, que, segun dice Barufaldi, no volvió á alzar cabeza desde aquel dia.

Este acontecimiento pudo y debió sin duda contribuir á agravar las dolencias y los achaques de Ariosto; pero la verdadera causa de su muerte fué, como arriba va dicho, el exceso del trabajo á que durante treinta años consecutivos le condenó su deseo de llevar á cabo una obra colosal é inimitable, de que, no sin gran desconfianza, ofrezco al público esta, ya que no elegante, al ménos fiel traduccion.

(1) El 30 de diciembre de 1552, á las nueve de la noche, se pegó fuego á una tienda situada al pié del palacio ducal, y extendiéndose de aquella tienda á otras contiguas hasta la puerta del palacio, invadió el teatro y algunas habitaciones, que destruyó completamente. Este incendio, que duró tres dias y tres noches, se atribuyó, sin que haya sin embargo nada que lo justifique, á la mala voluntad que á Ariosto tenían algunos conciudadanos suyos, envidiosos de su talento y de su celebridad.

PRÓLOGO.

LA lectura de los primeros cantos de una traduccion castellana del célebre poema de Ariosto, hecha por su contemporáneo el capitán D. Jerónimo de Urrea, me excitó, hace algunos años, á ir á buscar en el original aclaraciones indispensables para la inteligencia de un gran número de pasajes, vertidos por el traductor en octavas de que no es mi ánimo discutir el mérito, pero que dudo que entiendan suficientemente, para hallar gusto en ellas y para juzgar al autor, la mayor parte de las personas que las lean.

A fuerza de ir á beber á la fuente, acabé por confirmarme en que la traduccion de que hablo, ménos inteligible para mí que el mismo texto, estaba á cien leguas del original, y, decidido á llevar á cabo su lectura, emprendí seriamente el estudio de la lengua toscana, y á poco el de la obra incomparable, cuyas bellezas no tardaron en cautivar, en arrastrar inven-